

CONTRARREVOLUCIONARIOS SIN FRONTERAS: LAS MÚLTIPLES FACETAS DE LA INTERNACIONAL BLANCA

COUNTERREVOLUTIONARIES WITHOUT BORDERS: THE MANY FACETS OF THE WHITE INTERNATIONAL

José Luis Agudín Menéndez
Universidad de Oviedo

Recensión de / Review of: Alexandre Dupont, *La Internacional Blanca. Contrarrevolución más allá de las fronteras (España y Francia, 1868-1876)*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 2021, 486 páginas.

SUMARIO: I. LA GÉNESIS HISTORIOGRÁFICA DE LA INTERNACIONAL BLANCA. PRINCIPALES DEUDAS METODOLÓGICAS Y RESPALDO DOCUMENTAL DE LAS INVESTIGACIONES DE DUPONT.- II. EL INTERNACIONALISMO CONTRARREVOLUCIONARIO EN ACCIÓN. UNA REVISIÓN DEL LIBRO DE DUPONT.- III. CONCLUSIÓN. RETOS DE FUTURO EN TORNO A LA PERVIVENCIA DE LA TRADICIÓN INTERNACIONALISTA EN LOS TIEMPOS POSTERIORES A LAS CARLISTADAS.

Palabras clave: Internacional blanca, carlismo, culturas políticas, Sexenio Democrático, Carlos VII, Louis Veuillot.

Key Words: White International, Carlism, political cultures, Democratic Six-year-term, Carlos VII, Louis Veuillot.

I. LA GENESIS DE LA INTERNACIONAL BLANCA. UNA INTRODUCCIÓN HISTORIOGRÁFICA. PRINCIPALES DEUDAS METODOLÓGICAS Y RESPALDO DOCUMENTAL DE LAS INVESTIGACIONES DE DUPONT

La aparición en castellano, por fin, de la monografía que deriva de la tesis que defendió en 2015 el historiador francés Alexandre Dupont, que ya había visto la luz el pasado año en francés¹, supone un nuevo soplo de aire fresco en los acercamientos que viene mereciendo el carlismo durante los últimos años. Y, desde luego, lo es, de una parte, porque pone de manifiesto las posibilidades que ofrece el acercamiento al carlismo en épocas ya conocidas como las del Sexenio Democrático —analizadas desde distintas ópticas por Julio Aróstegui, Vincent Garmendia, Begoña Urigüen, Lluís Ferrán Toledano, Esperanza Carpizo o Carlo

¹ Alexandre Dupont, *Une internationale blanche. Histoire d'une mobilisation royaliste entre France et Espagne dans les années 1870*, Editions de la Sorbonne, Paris, 2020.

Verri²—; y, de otra, por las posibilidades que abre el estudio de la forma clásica de contrarrevolución más allá de España. También significa una reivindicación en toda regla de la tradición política contrarrevolucionaria comprendida como alternativa modernizadora a las teleologías liberales y que descansaría sobre los pilares de la monarquía y la religión, sin que ello supusiera una vuelta al Antiguo Régimen. Ya había sido bastante tajante al respecto el pensador Joseph de Maistre cuando conceptualizaba la contrarrevolución al final de su obra *Consideraciones sobre Francia*³. La internacional habría venido tradicionalmente asociada a otras culturas políticas como las del liberalismo y socialismo que lograron tejer con éxito en el siglo XIX, sobresaliendo lógicamente la Asociación Internacional de Trabajadores cuyas primeras sesiones tuvieron lugar durante los años en que se promueven, de modo informal, las solidaridades contrarrevolucionarias. Las de los liberales en cambio se habrían iniciado décadas antes. Se habían analizado esas solidaridades transnacionales liberales y socialistas, pero no así las de los contrarrevolucionarios. No cabe perder de vista que estos estudios han sido posibles ya que se asiste a un cambio de paradigma que viene de la mano del *giro transnacional*⁴. La idea de una internacional contrarrevolucionaria ya entraña, de entrada, la unión de dos términos antagónicos, siguiendo la interpretación del constructo de los sistemas culturales propuesto por Clifford Geertz⁵. La noción de Internacional Blanca que demuestra el autor su plasmación práctica venía ya conceptualizada hacia dos décadas por historiadores como Jordi Canal en España y por Jean-Clément Martin en Francia⁶. Canal, en su prólogo a la síntesis de referencia de la materia, concibió el término en base a las ayudas económicas y la participación de los combatientes en las guerras civiles que se libraron en la España del ochocientos en otros espacios de Europa y también al otro lado del Atlántico⁷. Así lo pone de manifiesto uno de los libros que apadrina el profesor de la EHESS, el del jurista Raúl C. Cancio donde se habla más bien del fenómeno de *globalización contrarrevolucionaria* que ha sido contestada por historiadores como

² Julio Aróstegui, *El carlismo alavés y la guerra civil de 1870-1876*, Diputación Foral de Navarra, Vitoria, 1970; Vincent Garmendia, *La Segunda Guerra Carlista (1872-1876)*, Siglo XXI, Madrid, 1976; Begoña Urigüen, *Orígenes y evolución de la derecha española: el neocatolicismo*, CSIC, Madrid, 1986; Lluís Ferrán Toledano, *Entre el sermó i el trabuc. El carlisme català contra la Revolució setembrina (1868-1872)*, Pàges Editors, Lleida, 2001; Esperanza Carpizo Bergareche, *La Esperanza carlista (1844-1874)*, Actas, Madrid, 2008; Carlo Verri, *Controrivoluzione in Spagna. I carlisti nell'assemblea costituente (1869-1871)*, Viella, Roma, 2021 [con prólogo de Pedro Rújula].

³ Joseph de Maistre, *Consideraciones sobre Francia*, Rialp, Madrid, 1955 [ed. de Rafael Gamba], p. 234.

⁴ A modo de introducción el preámbulo de Florencia Peyrou y Darina Martykánová al *dossier* que coordinaron sobre la historia transnacional en la revista *Ayer*, “Presentación”, *Ayer: Revista de Historia Contemporánea*, nº 94, 2014, pp. 13-22.

⁵ Clifford Geertz, “*La ideología como sistema cultural*”, en *La interpretación de las culturas*, Gedisa, Barcelona, 1993 [Ed. original Nueva York, 1973], pp. 184-185

⁶ Jean-Clément Martin (Dir.), *La Contre-Revolution en Europe, XVIIIe-XIXe siècles. Réalités politiques et sociales, résonances culturelles et idéologiques*, Presses Universitaires de Rennes, Rennes, 2001.

⁷ Jordi Canal, *El carlismo. Dos siglos de contrarrevolución en España*, Alianza, Madrid, 2000, pp. 11-12.

Antonio Manuel Moral Roncal que no están de acuerdo con terminologías propias del contexto geopolítico y económico de hoy en día⁸.

A raíz de su atinada definición, el profesor Canal fue precisando las claves que podrían servir de guía a quienes se adentrasen en las entrañas del internacionalismo blanco en el marco de estudio de la contrarrevolución durante el siglo XIX⁹. Así, otros historiadores de Italia, Francia y España como Simon Sarlin —que fue ciertamente uno de los primeros en poner sobre el tapete el internacionalismo blanco a través del estudio de los que combatieron el proceso de unificación italiana a favor de los Estados Pontificios y del Reino de Dos Sicilias¹⁰—, Arthur Hérisson —interesado por la vertiente internacionalista contrarrevolucionaria en Francia a través del ultramontanismo propagandístico del director del célebre diario *L'Univers* y su inquebrantable apoyo al papado, Louis Veuillot¹¹— y más recientemente Andrés María Vicent Fanconi —que se ha ocupado del desarrollo de estas redes transnacionales en la primera carlistada¹²—. En respaldo de Pío IX surge también en aquellos años lo que se denominó Internacional Negra, de la que se ocupó el trabajo dirigido por el profesor de la Universidad Católica de Lovaina, Emiel Lamberts¹³. Como colofón, habría que destacar las entradas que historiadores como Canal, Sarlin o el propio Dupont escribieron para una obra reciente y fundamental como es el *Dictionnaire de la contre-révolution* en el que aparecen perfilados personajes y acontecimientos íntimamente ligados al internacionalismo blanco¹⁴.

⁸ Raúl C. Cancio Fernández, *España y la guerra civil americana o la globalización del contrarrevolucionismo*, Instituto Franklin-Servicio de Publicaciones de la UAH, Alcalá de Henares, 2015 [con prólogo de Jordi Canal]; Antonio Manuel Moral Roncal, “Raúl C. CANCIO FERNÁNDEZ, *España y la guerra civil americana o la globalización del contrarrevolucionismo*, prólogo de Jordi Canal, Alcalá de Henares: Instituto Franklin-Servicio de Publicaciones de la UAH, 2015, 322 p.”, Aportes: Revista de Historia Contemporánea, vol. 30, n° 89, 2015, pp. 227-231, esp. p. 231. En palabras del profesor de la Universidad de Alcalá de Henares resulta arriesgado “aplicar una terminología muy contemporánea («globalización», «contrarrevolucionismo» [que] resulta más propia del siglo XXI que del siglo XIX”.

⁹ Sin ánimo de ser exhaustivos baste con mencionar aquí Jordi Canal, “Repensar la historia de la contrarrevolución en la Europa del siglo XIX”, en *El carlismo en su tiempo: geografías de la contrarrevolución. I Jornadas de estudio del carlismo*, Gobierno de Navarra, Pamplona, 2008, pp. 19-23; e Íd., “Guerras civiles en Europa en el siglo XIX o Guerra Civil Europea”, en Jordi Canal y Eduardo González Calleja (Edits.): *Guerras civiles. Una clave para entender la Europa de los siglos XIX y XX*, Casa de Velázquez, Madrid, 2012, pp. 25-38. Igualmente su contribución en la obra coral de Bruno Dumons y Hilaire Multon [dirs.], *«Blancs» et contre-révolutionnaires en Europe. Espaces, réseaux, cultures et mémoires (fin XVIII^e-début XX^e siècles)*. France, Italie, Espagne, Portugal, École française de Rome, Roma 2011.

¹⁰ Simon Sarlin, *Le légitimisme en armes: histoire d'une mobilisation internationale contre l'unité italienne*, École française de Rome, Roma, 2013.

¹¹ Arthur Hérisson, “Une mobilisation internationale de masse à l'époque du Risorgimento: L'aide financière des catholiques français à la papauté (1860-1870)”, *Revue d'histoire du XIX^e siècle*, n° 52, 2016, pp. 174-192.

¹² Andrés M. Vicent Fanconi, *De la monarquía católica a la Europa Legitimista: Una historia transnacional del primer carlismo*, Tesis Doctoral, Universidad Autónoma de Madrid, 2019.

¹³ Emiel Lamberts (Dir.), *The Black International. L'Internationale noire (1870-1878)*, Leuven University Press, Louvane, 2002.

¹⁴ Jean-Clément Martin (Dir.), *Dictionnaire de la Contre-Révolution, XVIII^e-XX^e siècle*, Perrin, París, 2011, especialmente las entradas de *Internationale Blanche* (Jordi Canal), *Henri de Cathelineau*, *Rafael Tristany* y *Soldats du Pape* (Simon Sarlin) o *Carlos de Lazerme* (Alexandre Dupont).

Ciertamente, el fenómeno no había pasado desapercibido con anterioridad en otros historiadores como el británico Martin Blinkhorn, quien en su monografía clásica del carlismo en la década de 1930 señalaba ejemplos de legitimistas extranjeros que combatieron en el bando sublevado¹⁵. No eran tantos en comparación con los brigadistas internacionales que apoyaron a la III República, pero ponían de relieve esa continuidad que se había inaugurado hacía un siglo. Otro historiador que subrayó esos contactos es el investigador del CSIC José Ramón Urquijo Goitia, quien en una monografía galardonada con el premio de historia del carlismo Luis Hernando de Larramendi, examinaba las relaciones entre carlistas y napolitanos en el marco de la Guerra de los Siete Años o Primera Guerra Carlista (1833-1840)¹⁶. Ahí no se detendrían los precedentes ya que la transmisión de símbolos o lugares como La Vendée o el conflicto cristero mexicano han interesado a historiadores como Javier Caspistegui o Julio de la Cueva Merino¹⁷. Del mismo modo, Alfonso Bullón procedió a hacer una extensa comparativa entre los legitimismos francés, escocés, italiano, español y portugués aunque no precisara los contactos entre cada uno de los movimientos que resultaría de interés¹⁸. Tampoco a los propios cronistas carlistas, entre los que cabría destacar a Melchor Ferrer Dalmau, se les pasó por alto examinar este tipo de solidaridades¹⁹. Así es una constante en sus descripciones de la disidencia capitaneada por Ramón Nocedal vincular al integrismo a una corriente internacional ultramontana.

Bajo el amparo de Canal, Dupont se ocupó por primera vez de esta movilización transnacional a través de la lectura comparada de las obras completas de dos periodistas e ideólogos contrarrevolucionarios de talla como Antonio Aparisi y Guijarro y Louis Veuillot en busca de esas conexiones²⁰. Ya hablaba aquí de una internacional neocatólica. Nos parece que habría sido de interés que se hubieran abordado en la misma medida las relaciones que mantuvieron otras figuras del universo neocatólico como Cándido y Ramón Nocedal con Veuillot en el marco del

¹⁵ Martin Blinkhorn, *Carlismo y contrarrevolución en España (1931-1939)*, Crítica, Barcelona, 1979. Entre quienes combatieron junto a los requetés carlistas cabría destacar a los blancos partidarios de los Romanov en la Guerra Civil rusa de los que se ocupa brillantemente el profesor Xosé M. Núñez Seixas. Cfr. Xosé M. Núñez Seixas y Oleg Veyda (Edits.), *Un Ruso blanco en la División Azul. Memorias de Vladímir Kovalevski (1941)*, Galaxia Gutenberg, Madrid, 2019.

¹⁶ José Ramón Urquijo Goitia, *Relaciones entre España y Nápoles durante la primera guerra carlista*, Actas, Madrid, 1998.

¹⁷ Francisco Javier Caspistegui Gorasurreta, “La «Vendée» en las culturas políticas de la España decimonónica”, *Memoria y Civilización*, n° 15, 2012, pp. 319-336; Julio de la Cueva Merino, “La Virgen de Guadalupe en Madrid. La movilización de los católicos españoles contra las políticas anticlericales de Plutarco Elías Calles”, *Itinerantes. Revista de Historia y Religión*, 7 (2017), pp. 33-59. Aspectos también subrayados en el ensayo de Jordi Canal, “Repensar la historia”, *op. cit.*, p. 21.

¹⁸ Alfonso Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, “El legitimismo europeo, 1688-1876”, en Stanley G. Payne (Dir.): *Identidad y nacionalismo en la España contemporánea: El carlismo, 1833-1975*, Actas, Madrid, 2001 [1ª edición de 1996].

¹⁹ Melchor Ferrer Dalmau, *Historia del Tradicionalismo Español*, XXI Vols., Editorial Católica-Editorial Tradicionalista, Sevilla-Madrid, 1941-1979.

²⁰ Alexandre Dupont, “¿Hacia una Internacional neo-católica? Trayectorias cruzadas de Louis Veuillot y Antonio Aparisi y Guijarro”, *Ayer: Revista de Historia Contemporánea*, n° 95, 2014, pp. 211-236.

Concilio Vaticano y con motivo de su presencia en Francia, una vez que cae en desgracia la táctica legalista durante el Sexenio. Esta es una relación que prosigue en los años de la Restauración canovista a través de periódicos como *El Siglo Futuro* (1875-1936), que se inspiraron en el modelo del diario parisino *L'Univers* no solo en su presentación sino en la capacidad de arrastrar a las masas católicas²¹. Aunque Dupont se ocupe en la monografía de ello, también emergería la internacional de la *buena prensa*, a la que se ha referido en alguna ocasión Solange Hibbs-Lissorgues, a través de la cual muchas revistas y periódicos de Italia, Francia y España “compartían condiciones, conductas y estrategias comunes”²².

Como ya se indicó anteriormente, el libro que se procede a reseñar es producto de una tesis que el autor presentó en 2015 bajo la dirección de Pedro Rújula y Philippe Boutry. Toca lógicamente más aspectos que en sus primeras investigaciones desarrolladas bajo la dirección de Jordi Canal y recurre a un espléndido conjunto de fuentes documentales y a una metodología teórica sumamente variada. De este modo, el autor consultó tres centenares de panfletos, novelas, obras de pensamiento político y memorias que le permitieran rastrear las solidaridades contrarrevolucionarias, así como consultó cabeceras periodísticas carlistas, legitimistas y ultramontanas tanto de Francia como de España. Sin embargo, donde el autor pone de manifiesto todo su potencial es en el de la indagación en 19 archivos y bibliotecas nacionales, provinciales y locales de Francia, Italia y España. En lo que concierne al utillaje metodológico, el asimismo profesor de la Universidad de Estrasburgo no solo se nutre del estudio de la historia transnacional, sino también el de las culturas políticas y los procesos de politización o la historia social y las sociabilidades. Ahora bien, es la *microstoria* italiana la que deja mayor impronta sobre su trabajo y queda de manifiesto a la hora de jugar con distintas escalas en las que se mueve constantemente el libro, el modo en que hace sobresalir a las capas populares y las deducciones que hace Dupont sobre ellas a través de registros archivísticos indirectos. Así lo había hecho el propio Carlo Ginzburg a la hora de reconstruir la historia del atípico molinero Menocchio²³. Otro de los puntos fuertes de la monografía reside en que este estudio venga a sumarse a todos aquellos trabajos que subrayan la capacidad de absorción por parte de la contrarrevolución de todos aquellos elementos que la modernidad ponía a su disposición²⁴.

²¹ Solange Hibbs-Lissorgues, *Iglesia, prensa y sociedad en España (1868-1904)*, Instituto Juan Gil-Albert, Alicante, 1995; Ignacio de Hoces Íñiguez, *Cándido Nocedal (1821-1885). Del liberalismo progresista al tradicionalismo carlista*, Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2021; José Luis Agudín Menéndez, *El Siglo Futuro (1914-1936): órgano del integrismo y de la Compañía Tradicionalista*, Tesis Doctoral, Universidad de Oviedo, 2020.

²² Solange Hibbs-Lissorgues, “Influencia de Louis Veuillot (1813-1883) y de la prensa ultramontana francesa en las publicaciones católicas españolas del siglo XIX”, en Encarnación Medina Arjona (Coord.): *La Prensa= La presse*, Universidad de Jaén, Jaén, 2009, pp. 95-108

²³ Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos: el cosmos según un molinero del siglo XVI*, Península, Barcelona, 2009.

²⁴ La bibliografía al respecto es cuantiosa pero baste con mencionar a: Arno J. Mayer, *La persistencia del Antiguo Régimen. Europa hasta la Gran Guerra*, Alianza, Madrid, 1984; Jeffrey Herf, *El modernismo reaccionario. Tecnología, cultura y política en Weimar y el Tercer Reich*, FCE, México, 1990; Alfonso Botti, *Cielo y dinero. El nacionalcatolicismo en España (1881-1975)*, Alianza, Madrid,

II. EL INTERNACIONALISMO CONTRARREVOLUCIONARIO EN ACCIÓN. UNA REVISIÓN DEL LIBRO DE DUPONT

El libro se estructura en torno a cinco bloques temáticos idóneamente equilibrados compuestos por un par de capítulos cada uno. En cada uno de ellos, con la excepción del primero, se indaga en las distintas facetas de la Internacional blanca: los recursos con que contó, el compromiso informativo y bélico, sus respaldos sociales y las movilizaciones a un lado y a otro de la frontera por parte de los partidarios del legitimismo, así como las complicaciones que tuvo con el Estado francés y el español. Justamente el autor inicia la monografía con la incautación de un arsenal de documentación que implicaba al Comité Carlista de Bayona, o lo que lo es lo mismo la caja de resonancia de la movilización transnacional contrarrevolucionaria. Sus integrantes y desempeños que el autor va relatando en el inicio de cada capítulo de la obra actúan como su núcleo vertebrador.

Antes que nada, se examina en la primera parte del libro el estereotipo que se extendió en la Francia del siglo XIX acerca de nuestro país, difundido principalmente por artistas, viajeros y estudiosos. España estaría asociada al exotismo orientalista y contendría elementos reivindicados por el movimiento romántico. No era esta, sin embargo, la imagen negativa que habría expuesto la exitosa novela de Prosper Mérimée *Carmen* sobre la cigarrera bohemia que enamoraba al soldado navarro y cuyos ecos todavía llegan a día de hoy y no pasaron desapercibidos para escritores españoles como Juan Valera. En efecto se decía que África empezaba en los Pirineos. Además de los recurrentes clichés festivos del flamenco y las corridas de toros, Dupont nos recuerda que en Francia se percibía a España como un país al que la modernización política no había llegado, que se quedó anclado a la política del Antiguo Régimen así como dependía de las riquezas que llegaban del Imperio Americano. Sumémosle a todo ello que se generalizara la idea de que España no era un lugar seguro por el bandolerismo. En absoluto había animadversión por parte de Francia; había que acudir no obstante a la historia para encontrar los motivos por los cuales nuestro país no formaba parte con justicia de la civilización europea. Así lo muestra, por ejemplo, la documentada entrada que dedicó a España Pierre Larousse en el *Grand Dictionnaire Universel*. Pese al atraso económico, Larousse ponía de relieve el período comprendido entre el reinado de los Reyes Católicos y el inicio del reinado de Felipe II, que marcaría el inicio de un declive que ni siquiera los Borbones fueron capaces de ponerle freno. Observaba, con admiración, la lucha que el pueblo español libró a favor de la libertad a comienzos del siglo XIX. Justamente el período que inauguró la Crisis del Antiguo Régimen encontraba bastantes discusiones de parte a uno y otro lado de los Pirineos, observándose diferentes modos de interpretar el levantamiento popular contra un supuesto invasor que traía la modernidad política bajo el brazo. Es en este punto cuando Dupont hace un recorrido por la agitada, pero en cualquier caso no negativa evolución política decimonónica, insertando

1992; y el reciente volumen colectivo de Pedro Rújula y Javier Ramón Solans (Edits.), *El desafío de la revolución. Reaccionarios, antiliberales y contrarrevolucionarios (siglos XVIII-XIX)*, Comares, Granada, 2017.

la cultura política carlista en el marco de sus homónimas europeas y resaltando lógicamente sus diferencias —su longevidad y el empleo de la violencia—. Ese recorrido ágil que ofrece no se amolda a los cánones habituales, sino que pone en cuestión la escasa modernización que experimentó España. Se producía si no lo que acontecía en otras latitudes del continente europeo. En este repaso quizás habría que reprochar uno de los asuntos a los que se refiere en la época isabelina cuando afirma que se asistió a una estructuración bipartidista (pp. 51-52). Si bien el autor admite a continuación que se produjeron una serie de levantamientos, no es menos cierto que el predominio moderado resultó incontestable en todo el período. Adentrados en esa observación de *modernidades alternativas* incluso en el período fernandino, como ya analizó el tristemente fallecido Jean-Philippe Louis, Dupont subraya aspectos como permitieron poner en pie un ejército en pie en el segundo de los grandes conflictos armados. Es por eso que aún tras la derrota de 1876 la documentación diplomática observaba con temor al carlismo como una amenaza formidable. La historia del carlismo es, en fin, una historia de avances y retrocesos propiciados por las derrotas en los campos de batalla y las disidencias, es la historia de una causa perdida que se resistía a aceptar la derrota²⁵. Dupont se propone una historia que ponga en tensión el relato de la “triumfante” revolución liberal colocando al actor político carlista en una posición equivalente.

En el segundo capítulo de la primera parte se indaga en los orígenes de la Internacional blanca cuyo principal acicate no fue otro que el inicio del Sexenio Democrático (1868-1874), interpretado en clave apocalíptica por legitimistas y ultramontanos en España y Francia como otros tantos acontecimientos políticos que marcaron el devenir de la centuria (la Primavera de los Pueblos de 1848, la Guerra de Secesión, las unificaciones italiana y alemana o la Comuna). Y lo hacían siguiendo las lecciones de los pensadores clásicos como Joseph de Maistre o Juan Donoso Cortés, cuyos escritos eran reeditados por entonces por el diario *L’Univers* y *La Esperanza*. Los imaginarios que ayudarían a fraguar el internacionalismo blanco vendrían sustentados por un patriotismo contrarrevolucionario²⁶ que defendía la primacía de la latinidad contra el expansionismo prusiano, por el universalismo católico, así como por el útil recurso al peligro revolucionario como instrumento de atracción de adeptos. Como ya hicieron otros autores a la hora de analizar qué es lo que movió a las capas populares y elitistas legitimistas a moverse a respaldar el carlismo, se traslada esa cuestión a quienes lo apoyaron en Francia. Parece que en ese compromiso personal influyeron las experiencias de otros familiares que

²⁵ Pedro Rújula, “*La causa perdida como racconto político: el carlismo*”, Meridiana: Rivista di Storia e Science Sociali, 88 (2017), pp. 19-40.

²⁶ Para José Álvarez Junco no había una expresión plena de nacionalismo en la vaga idea que el tradicionalismo ofrecía de Patria: *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Taurus, Madrid, 2001, pp. 363-364. Alexandre Dupont no comparte el criterio defendido por Álvarez Junco acerca de la incapacidad para promover patriotismo por parte de los contrarrevolucionarios, considerando que “los contrarrevolucionarios se habían apropiado del concepto de nación”. Vid. Alexandre Dupont: “Las causas justas son hermanas. *El internacionalismo contrarrevolucionario entre tradición e innovación política*”, en Pedro Rújula y Javier Ramón Solans (Edits.): *El desafío de, op. cit.*, pp. 150-151 o del mismo autor: “*¿Hacia una internacional neo-católica?*”, *op. cit.*, p. 218.

habían servido en el conflicto inaugural de 1833, así como se sugiere como otro posible factor de relieve la publicación durante aquellos años de testimonios de los aristócratas y militares que se habían distinguido por entonces en el conflicto. De igual forma, la celebración del Concilio Vaticano I, donde habrían entrado en contacto representantes del neocatolicismo español con los del ultramontanismo francés, y el servicio de voluntarios de distintas nacionalidades como zuavos pontificios contribuiría a forjar lazos de solidaridad políticos. Allí participó el hermano del *rey-pretendiente* Carlos VII, Alfonso Carlos²⁷. Justamente en aquellos años la figura de Carlos VII goza de una enorme notoriedad, propiciada no solo por la prensa y las distintas formas de propaganda en España sino también en Francia. Y ello contrastaría con la pasividad de Enrique V, que el propio don Carlos criticó. Con todo, no reinó la armonía en este entendimiento transnacional y, de cuando en cuando, florecieron polémicas derivadas del filo-liberalismo del fallido pretendiente Juan III, padre de don Carlos. Otro tanto ocurriría por parte de los españoles, tal como explica Dupont, cuando los carlistas no respaldaron a los chambordistas en la mejor ocasión que tuvieron de acceder al poder en Francia tras la experiencia del II Imperio. Se hace una aproximación a las redes de sociabilidad elitista en París y las populares en la frontera y el fomento de suscripciones para auxiliar a los exiliados carlistas carentes de recursos económicos. No predominó en ellos el afán desinteresado, sino la búsqueda de prestigio.

La segunda parte contiene un par capítulos sobre las acciones diplomáticas emprendidas contra la internacional blanca y los movimientos transfronterizos. Comenzando por el primero de ambos no parece, si se atiende a la política exterior desplegada por la Francia posterior al II Imperio, que hubiera un favorecimiento explícito a las posiciones carlistas, pero tampoco se produjo a favor del Gobierno de Madrid. Más aún cuando se proclamó la I República, que no fue reconocida por el gobierno del mariscal Mac Mahon. También el gobierno republicano francés fue condicionado por presiones del canciller del II Reich alemán Otto von Bismarck, en los últimos coletazos de la Segunda Guerra Carlista, para el reconocimiento de la dictadura republicana del general Serrano y luego de la monarquía de Alfonso XII. Resulta bien conocido que el canciller de hierro era beligerante con las posiciones legitimistas y católicas y, como subraya Alexandre Dupont, el hecho de que preocupara en Berlín una victoria carlista al suroeste de Europa elevaba la guerra civil española a otro grado ya que los carlistas desplegaron su actividad diplomática y propagandística al exterior. Una victoria de don Carlos podría generar un efecto dominó que auparía a recuperar el poder a los legitimismos francés y napolitano y recuperaría el poder temporal para la causa pontificia²⁸. En contra de lo que pudiera parecer, no todos los diputados legitimistas de la Asamblea Nacional apoyaron con demasiada contundencia a la causa de don Carlos, lo que

²⁷ La noción de *rey-pretendiente* se toma de Jordi Canal, “La dinastía”, en Julio Aróstegui, Jordi Canal y Eduardo González Calleja, *El carlismo y las guerras carlistas. Hechos, hombres e ideas*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2003, pp. 163-179, esp. p. 164

²⁸ Esta idea aparece recogida de hecho en uno de los pasajes de la conocida novela de Pío Baroja, *Zalacaín el aventurero*, Alianza, Madrid, 2006.

ponía de manifiesto las discrepancias en el seno del legitimismo. Así lo señala el autor, a la hora de abordar igualmente la postura de las autoridades provinciales y locales, acusadas de proclividad carlista. En los departamentos sur de la Aquitania y en el del Languedoc-Rosellón, unos casos demuestran que en alcaldes y jueces había intereses personales y económicos en ese apoyo; en otros jugaba una baza importante el respaldo poblacional, a la sazón electoral favorable al legitimismo. Uno de los personajes sometidos a esta controversia y que en opinión del autor no tuvo una colaboración directa con el carlismo fue el Marqués de Nadaillac. El carlismo aprovechó en su propio beneficio las desavenencias e incomprensiones entre ambas cancillerías y esta situación evidencia la ineficacia de la acción estatal en los márgenes.

Esa ineficacia se compensaba con la actuación del aparato policial en el espacio fronterizo, tal y como se señala en el capítulo cuarto, que hizo uso de mecanismos como el internamiento para alejar a las milicias carlistas de los espacios de implantación legitimista. De todas formas ese internamiento fue evitado mediante sagaces formas que suponían el aprovechamiento de carlistas y legitimistas de las ventajas y límites que ofrecía la acción estatal. Dupont se interesa actualmente precisamente por la frontera franco-española como un espacio político y es que no cabe entender solo ese espacio en base a la delimitación geográfica de un estado y otro, sino también como una zona donde se establecen relaciones entre los oriundos de distintos países (p. 136). El análisis de esas dos vertientes predomina en el análisis del conjunto del capítulo. Se sostiene la idea de que Francia no habría permanecido ajena al propio conflicto carlista al dar cobijo a los ejércitos carlistas, que allí se reorganizaban y hacían acopio de pertrechos. Con todo, los franceses no permanecieron ajenos a los casos en los que se violara flagrantemente esas delimitaciones territoriales y atacaron a los carlistas. Ese espacio de idas y venidas era asimismo un ámbito en el que se celebraron reuniones donde se acordaban directrices que imprimirían el rumbo de la Comunión Católico-Monárquica o para la resolución de conflictos internos entre dirigentes en los que debía mediar el *rey-pretendiente*. Además circulaban peregrinaciones de entusiastas y curiosos que se deseaban observar el desarrollo del proto-estado carlista. En esa batalla por la opinión pública el hecho de que los corresponsales de los diarios ultramontanos y legitimistas de París, así como la aparición de panfletos que enumera el autor, ayudaban a dar a conocer la causa carlista. Las redes de transportistas y contrabandistas de armas habrían hecho lo suyo, habiéndose amoldado algunos a avenirse con los carlistas por no haberles quedado más remedio.

En la tercera parte de la monografía se hace tanto una sociología del respaldo de la Internacional a la que no solo habrían respaldado nobles y eclesiásticos sino las poblaciones rurales transpirenaicas, como una explicación en torno a las motivaciones de su apoyo. Así, en el primero de los capítulos que componen esta parte, se pone en duda que la politización de los habitantes de las fronteras, cuya visión del mundo era amenazada por los Estados-nación en construcción, no se amoldaría a los cánones clásicos. La reacción a las restricciones y amenazas del liberalismo estatista a sus modos de vida podría ser equiparada razonablemente con

fenómenos como el *ludismo*, las *jacqueries* o los motines de subsistencia en los que afloró lo que el historiador marxista británico E. P. Thompson acuñó como *economía moral de las multitudes*²⁹. El inicio de la segunda carlistada habría sido visto por los habitantes transfronterizos como un revulsivo a su situación y los habría llevado a apoyar a don Carlos. De este modo, la adhesión a la cultura política carlo-legitimista habría sido más una consecuencia que un condicionante, si bien el fermento religioso por la prolija presencia de clérigos seguidores del carlismo, desplazados a consecuencia de la septembrina, habría influenciado a este respecto. No se puede, pues, generalizar como hacían por igual tanto las autoridades carlistas como las españolas al considerar a las clases populares carlistas *per sé*. Las autoridades trataron de impedir, por medio de la solicitud del pasaporte, el continuo trasvase de carlistas a Francia; algo que resultaba difícil de seguir como el profesor Dupont sugiere. Una vez más, los carlistas se las ingeniaron por medio de la falsificación de los documentos identificativos que fabricaban las redes clandestinas de carlistas. Refugiados y carlistas se asentaron en Francia, adaptándose con prontitud a las culturas políticas legitimistas locales. Del mismo modo, y esto sí que lo contabiliza el autor por las certezas, hubo franceses en los espacios de implantación carlista.

Por lo que se refiere a las élites nobiliarias y enriquecidas que se alinearon con el carlismo por diferentes razones, desentrañadas en el capítulo sexto, Dupont enumera los comités formales que fueron apareciendo y que ordenaban las redes informales de la Internacional Blanca, así como indica sus funciones. Aquí cabría distinguir entre aquellos comités que se implicaron de modo directo en la cooperación carlista como el de Bayona, tres veces conformado y disuelto, y otros que habrían respaldado la batalla por la opinión pública y la recaudación de recursos económicos para el esfuerzo de guerra (la Sociedad de Jesús Rey). El amparo de estos Comités formales no era en esencia nuevo, ya que habían aparecido en otros contextos como el de primera guerra carlista o el acontecimiento más próximo en el tiempo: la defensa de Pío IX en contra de la Unificación italiana. De igual modo, al otro lado del Canal de la Mancha, donde se producía una mayor libertad de movimientos al contrario que en Francia, se creó el Comité de Londres que llegó a influenciar en decisiones parlamentarias a favor de los carlistas. Daba entidad a la Internacional Blanca la red de agentes que se desplazó por distintos puntos de Europa para recabar apoyos, y que incluso se extendieron a América. No en todos los lugares se pareció recibir con entusiasmo la causa carlista por considerarla poco católica, tal como evidencia el ejemplo de Bélgica. Parece que la ideología no habría sido el factor más decisivo en la adhesión, ya que habría jugado también el compromiso familiar de generaciones previas que habían apoyado la causa legitimista. Este era el caso del general vandeano Henri de Cathelineau o el de los miembros del Comité de Bayona: el Marqués de Lalande y el Vizconde de Barrès du Molard. Quienes se implicaron de modo directo cobijaron a los carlistas en sus redes de castillos e incentivaron actos pro-carlistas en un espacio de sociabilidad propio del Antiguo

²⁹ E. P. Thompson, “La economía «moral» de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII”, *Revista de Occidente*, 133, 1974, pp. 54-125.

Régimen como el de los Salones, así como participaron en festividades religiosas. El papel de las mujeres es también un elemento explorado con acierto por el autor y que estos comités intentaran buscar una representación social lo suficientemente amplia.

Uno de los terrenos donde se prueba el respaldo con que contó la Internacional Blanca fue el económico. De nuevo carlistas y legitimistas supieron apropiarse de las formas más modernas de capitalismo para lograr sus metas. De esa y otras cuestiones se ocupa el séptimo capítulo del libro, mientras que el octavo se detiene en las redes clandestinas de contrabando. Así pues, los carlistas tuvieron a su disposición una nada desdeñable cantidad de recursos económicos que prestamistas que simpatizaban con sus idearios pusieron a su disposición. El conocido empréstito de Jan Willem Cramer y los que se realizaron luego de la insurrección de 1872 constituyen una muestra señera de ello. Quienes se arriesgaban en apostar por don Carlos se verían recompensados en un hipotético triunfo carlista con títulos de deuda convertidos en bonos de deuda nacionales. También en los donativos suntuarios por parte de aristócratas legitimistas y familiares de Carlos VII había contraprestaciones y condiciones pese a que Dupont establece diferencias entre ambos tipos de financiación. A continuación, se encontrarían las suscripciones populares, que sin lugar a duda constituirían el mejor observatorio del respaldo popular de la Internacional Blanca, así como permitiría observar las motivaciones de índole ideológico o de relaciones vecinales y sociales de quienes las donaron. Ahora bien, estas suscripciones no llegaron a tener la significación que las del Óbolo al Papa Pío IX una década antes. En último término, el autor se detiene en dónde iba a parar ese dinero, que iría destinado a la adquisición de armas, telas, zapatos o caballos. Además advierte que la politización impregnaría esas relaciones económicas, ya que los carlistas habrían hecho acopio de todos estos bienes y equipos en el espacio transpirenaico debido a su proximidad. Así, el oro de las élites legitimistas iría a parar a las poblaciones rurales y artesanas, perjudicadas por la irrupción del liberalismo y la economía capitalista. Ese dinero de los carlistas igualmente estaría destinado a recabar nuevos apoyos y más fondos así como el transporte.

La disposición de caudales no fue la única garantía de que la guerra durase cuatro años, sino el suministro permanente a través del contrabando ilegal por tierra y mar. En el capítulo octavo se sostiene que el contrabando no era una opción sino una obligación para el carlismo, que no logró el reconocimiento de la condición de beligerante por parte de las cancillerías europeas. Por este motivo, la restrictiva legislación de la república francesa, presionada a su vez por la política bismarkiana, impidió los suministros legales de armamento al tiempo que surtía de armas y cañones a los gobiernos de Madrid. Así pues, se aprovecharon comités previos de armas y artillería que se asentaron en las geografías del legitimismo chambordista. De gran simbolismo es que los cañones de factura francesa llevaran grabados su procedencia geográfica, un santo o un héroe del panteón legitimista. Otra circunstancia que motivó la movilización de traficantes fue que el pequeño estado carlista no fuera autosuficiente para fabricar sus propias armas. Y es aquí

donde entra en juego el contrabando marítimo y terrestre, a pesar de todas las trabas que los agentes españoles y franceses pusieron. Aunque ese contrabando no haya generado información directa, el profesor Dupont lo examina de modo indirecto mediante los minuciosos informes de la prefectura policial de París, reconstruyendo las redes marítimas que conectarían los puertos vascos y catalanes con Países Bajos, la Francia mediterránea y Estados Unidos. Las complicaciones habrían surtido más efecto en la mar en comparación con los trayectos terrestres. Carlistas y legitimistas ingeniaron tretas para que las armas, municiones y cañones llegaran a su destino. Para ello se valieron de su influencia social, política y periodística, siempre que fuera preciso. La politización habría también prendido en los traficantes que trabajaban a favor de la causa carlista, aunque varias excepciones escaparían a la regla. El contrabando implicaría que entraran en juego profesionales de otras áreas de desarrollo económico que habrían de adaptarse a las lógicas del comercio ilegal. De este modo, Dupont añade el ingrediente político que adolecía la interpretación *hobsbawmsiana* de *Bandidos* acerca de los contrabandistas.

El último bloque se ocupa de un par de formas del compromiso internacionalista blanco a través de los medios de comunicación que darían la batalla por la opinión pública y la participación de voluntarios en el frente de batalla. El empleo de la pluma como arma de combate resultaba muy importante para don Carlos, su hermano Alfonso Carlos y los allegados del primero que llegaban a considerarla más conveniente incluso que las relaciones diplomáticas por los efectos que podrían generar. El período del Sexenio asiste a un vertiginoso desarrollo de la prensa de la *amalgama católico-monárquica*. En este sentido, se echa en falta que el autor hubiera mencionado, al menos, otras contribuciones destacadas en este campo como las de Solange Hibbs, Vincent Garmendia o Antonio Manuel Moral Roncal. Este último adujo hace unos años que la prensa carlista que se divulgó al sur de Francia con el fin de lograr fondos provenientes de los legitimistas franceses ha sido menos estudiada³⁰. Al otro lado de los Pirineos la prensa ultramontana y legitimista también disfrutaba de cierto esplendor y se esforzó no tanto en respaldar la causa carlista como combatir sañudamente a sus detractores. La prensa francesa habría llegado más lejos que aquella prominente mayoría parlamentaria monárquica (de la que una parte eran legitimistas) en su adhesión a don Carlos. Cabe recordar, para distanciar los puntos de vista de católicos intransigentes y legitimistas, que Louis Veuillot, director de *L'Univers*, no era favorecedor de la vía belicista para acceder al poder como ocurrió en España con los nocedalistas³¹. La batalla que se libró en el campo de la información habría jugado con las mismas cartas que los liberales, esto es la tergiversación de las noticias sobre los hechos bélicos, habría servido para movilizar recursos económicos y habría hecho uso de la identificación de los

³⁰ Antonio Manuel Moral Roncal, “La prensa y las culturas políticas carlista y liberal durante el Sexenio Revolucionario (1868-1874)”, Torre de los Lujanes: Boletín de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, 68 (2011), pp. 127-133, esp. p. 133.

³¹ Alexandre Dupont, “Louis Veuillot y el carlismo”, en “Por Dios, por la Patria y el Rey”: Las ideas del carlismo. IV Jornadas de Estudio del Carlismo, Gobierno de Navarra, Pamplona, 2011, pp. 81-106.

lectores con las penalidades a las que fueron sometidos los exiliados, así como para exponer las atrocidades cometidas por los enemigos. Carlistas y legitimistas, que se avendrían a contratar los servicios de las más importantes agencias de información del momento, crearon las suyas propias e hicieron de sus periódicos sociedades anónimas para lograr empresas rentables. Un caso prototípico es de *La Voix de la Patrie* que constituye una muestra señera de la interacción franco-española disponiendo contenidos en ambos idiomas. En el de la prensa es donde *a priori* la acción gubernativa contra carlistas y legitimistas se cebó mejor aunque las regiones transfronterizas habrían salido, en un principio, ilesas.

El capítulo décimo, en fin, se adentra en la participación de voluntarios extranjeros en el frente y del humanitarismo. El del voluntariado es uno de los mejores exponentes de las solidaridades contrarrevolucionarias que se intensificaron justamente en los años previos a la Segunda Guerra Carlista. Ahora bien, no es que fuera una contribución decisiva la cifra de contingentes implicados en comparación con la de la Guerra de los Siete Años. En este punto es donde Alexandre Dupont distingue las participaciones individuales y las colectivas, particularizadas estas últimas en la formación de los cuerpos de los zuavos pontificios a instancias de Alfonso Carlos de Borbón, que habría reagrupado a compañeros que recibieron su bautismo de fuego en la defensa de los Estados Pontificios. Al contrario de lo que ocurrió en los ejércitos carlistas, el futuro *rey-pretendiente* procuró la convivencia y respeto entre los zuavos de diferentes nacionalidades. No pasó desapercibido este aspecto para los líderes militares carlistas, pesando de este modo entre los milicianos carlistas la animadversión española hacia Francia arrastrada desde 1808. Este no sería la única razón que desmotivaría a quienes a título individual se sumaron en busca de aventura a las milicias carlistas, sino también el contraste de la cruda realidad de la guerra y lo que reflejaba los testimonios. Esto queda patente en el testimonio que se recoge del estudiante Étienne Marie Péroz. La aventura, el compromiso político y el dinero habrían coadyuvado a la participación de varios jóvenes. En cuanto a los ideales, no habría diferencia entre los contrarrevolucionarios y aquellos que combatieron por las ideas que la ficción literaria y filmica han hecho populares: el escritor Harry Street o el profesor Robert Jordan de Ernest Hemingway que habían participado como brigadistas internacionales en la Guerra Civil española —luego inmortalizados en el cine respectivamente por Gregory Peck y Gary Cooper—, el Rick Blaine de Murray Burnett y Joan Alison —interpretado magistralmente por Humphrey Bogart— que había apoyado a través del contrabando a Abisinia en contra de Mussolini y a los republicanos en la Guerra Civil española, o el terrorista del IRA John Mallory de la película de Sergio Leone *Agáchate Maldito* que se desplazó a México a combatir por la revolución mexicana —al que dio vida James Coburn—. Se trataron de poner cortapisas a la participación de voluntarios franceses en los ejércitos carlistas pero la legislación francesa nuevamente beneficiaba a los carlistas al no reconocerse al Estado carlista como potencia beligerante lo que repercutía en que los franceses no resultaban perjudicados por las medidas de deportación y pérdida de la nacionalidad. En cuanto al voluntariado humanitario, no desprovisto de un trasfondo político, buscó marcar distancias con la creación

de entidades como la *Caridad* de la filantropía universalista y no religiosa de Cruz Roja, que se funda durante aquellos años. Las mujeres aquí tendrían otro papel activo, habiéndose encumbrado como ángel de la caridad a la esposa de Carlos VII: Margarita de Borbón-Parma. Se detalla que hubo médicos extranjeros comprometidos con la causa contrarrevolucionaria que tuvieron complicaciones debidamente denunciadas por los aparatos mediáticos carlo-legitimistas. También se hicieron críticas en el traslado de heridos al sur de Francia, habiendo de intervenir las autoridades del partido en negociaciones multiescalares.

III. CONCLUSIÓN. RETOS DE FUTURO EN TORNO A LA PERVIVENCIA DE LA TRADICIÓN INTERNACIONALISTA EN LOS TIEMPOS POSTERIORES A LAS CARLISTADAS

La Restauración de Alfonso XII resquebrajó pero no hizo desaparecer los vínculos que unían a los contrarrevolucionarios legitimistas y carlistas. Aquel sistema informal, que desafió a un estado y nada menos que amenazaba a los equilibrios de la geopolítica europea recientemente definidos por Bismarck, comenzaron a deshacerse por las tensiones generadas en el seno del carlismo entre don Carlos y su hermano Alfonso, la escisión cabrerista, el reconocimiento por parte del Papa Pío IX y del Gobierno del Orden Moral francés del nuevo soberano. Las clases conservadoras y católicas que se acercaron al carlismo y legitimismo en momentos de peligro se alejaron al encontrar un régimen que respondía a sus expectativas³². Viene a cuento las atinadas reflexiones que décadas después ofreció el dirigente del carlismo valenciano Manuel Polo y Peyrolón: “todos los elementos católicos y conservadores, en época de desquiciamiento social y religioso, vuelven los ojos al carlismo como la única tabla salvadora que puede librarles del sufragio. [...] No les mueve la contrición, sino la atrición, y acuden al campo carlista [...], no para robustecer la bandera carlista, sino para que dicha bandera los ampare a ellos”³³. El exilio puso una vez más a prueba esos contactos, proveyendo los legitimistas franceses toda clase de ayudas a los excombatientes que no se acogieron al indulto dictado por el canovismo. En cuanto a los dirigentes del partido en general y don Carlos en particular, participaron en las redes de sociabilidad elitistas en esa ciudad de acogida que era París donde se estaban siguiendo los pasos para un nuevo preparativo insurreccional que devolviera a Chambord al poder. El fallecimiento de Enrique V en 1883 marcó la súbita evaporación del legitimismo, dividiéndose sus partidarios entre el orleanismo, el carlismo y la adhesión sin fisuras al *Raillement* de León XIII. Yerra Dupont cuando hace un salto vertiginoso en su epílogo al no señalar como primer representante de aquellos legitimistas que se encuadrarían en el grupo de los *Blancs d’Espagne* al padre de Carlos VII, don Juan.

³² Jordi Canal, *Banderas blancas, boinas rojas. Una historia política del carlismo, 1876-1939*, Marcial Pons, Madrid, 2006.

³³ Javier Urcelay Alonso (edit.), *Memorias políticas de M. Polo y Peyrolón (1870-1913)*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2013, p. 313.

Pese a que este grupo va perdiendo enteros y se desencantó con ocasión de la postura de la mayor parte de los carlistas durante la Gran Guerra, todavía se observa la participación de representantes de aquel nada insignificante grupúsculo en actos que marcan la febril actividad mitinera carlista a principios del siglo XX como la *Peregrinación de la Lealtad*. El viaje con destino a Lourdes supuso un homenaje al militar que se distinguió combatiendo a la revolución en distintos escenarios de Europa: Rafael de Tristany. Justamente uno de sus promotores de aquel acto, un excombatiente de la última carlistada llamado Miguel Torres, fundó un periódico de pequeñas dimensiones con homenajes al *rey-pretendiente* lo que hace pensar en las pervivencias de este vínculo. Las actividades del propio Alfonso Carlos en contra de los duelos permiten hablar que una internacional antiduelista. Sería interesante la vía de estudio de las relaciones entre el carlismo y el integralismo maurrasiano que habría utilizado de modo oportuno el gen monárquico, pero que atrapaba la atención de las juventudes carlistas e integristas y de los ideólogos de la Comunión, luego escindidos, Vázquez de Mella y Víctor Pradera³⁴. No fueron, desde luego, años de apatía pese a que a la contrarrevolución legitimista parecía haber pasado a mejor vida. Fue la situación política de los años treinta la que alimentó un nuevo entendimiento, pero cabe recordar que los tradicionalistas habrían buscado nuevos referentes internacionales cuando ya el ingrediente monárquico no era sino un elemento fundamental para la construcción de la cultura política carlista³⁵. Esos referentes los proporcionarían el régimen autoritario y corporativo austriaco de Engelbert Dollfuss y el movimiento rexista de Leon Degrelle en Bélgica, y, pese a los reparos y reticencias, el nazismo y el fascismo. Francia volvía a ser espacio donde se tejían nuevamente conspiraciones desplazándose Alfonso Carlos I y su esposa, ancianos sucesores del hijo de don Carlos, Jaime III, a las mismas ciudades que habían servido en el pasado al esfuerzo de guerra. Asimismo en Francia, tal como subraya el autor, se celebraban reuniones donde se decidía el futuro político de la Comunión y la sucesión de Alfonso Carlos³⁶. Este también dispuso de representantes en las principales capitales europeas y en las revistas de la red de prensa que se expande entonces ponen el foco en los residuos legitimistas que aún persistían. Queda aún tela que cortar al respecto y sobre todo en relaciones que mantiene con posterioridad a la finalización de la Segunda Guerra Carlista los periódicos *El Siglo Futuro* y *L'Univers*, muy bien enterado este último de las

³⁴ Pedro Carlos González Cuevas, *Acción Española Tecnología política y nacionalismo autoritario en España (1913-1936)*, Tecnos, Madrid, 1998; Juan Ramón de Andrés Martín, *El cisma mellista. Historia de una ambición política*, Actas, Madrid, 1999; o Javier Esteve Martí, “El carlismo ante la reorganización de las derechas. De la Segunda Guerra Carlista a la II República”, *Pasado y Memoria. Revista de historia contemporánea*, 13, 2014, pp. 119-140.

³⁵ Jesús Millán, “La retropía del carlismo. Referentes y márgenes ideológicos”, en Manuel Suárez Cortina (Edit.), *Utopías, quimeras y desencantos: El universo utópico en la España liberal*, Universidad de Cantabria, Santander, 2008, pp. 255-281, esp. p. 265.

³⁶ Gema Martínez de Espronceda Sazartoni, *El canciller de bolsillo. Dollfuss en la prensa de la II República*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 1988; Martin Blinkhorn, *Carlismo y contrarrevolución*, op. cit., capítulos 6 y 7; José Luis Agudín Menéndez, *El Siglo Futuro (1914-1936)*, op. cit., capítulo 3.

querellas del diario intransigente. No se quedarían ahí los indicios que permitirían hablar de que se no se desactivaron los vínculos transnacionales habida cuenta de que las peregrinaciones que se iniciaron nada más terminar la carlistada de 1872 contaron con el beneplácito de los periódicos intransigentes franceses y la concurrencia de sus seguidores en las visitas al “Prisionero del Vaticano”.

El libro de Dupont es extraordinario y se suma a las visiones que historiadores y otros científicos sociales extranjeros cuya curiosidad les llevó a interesarse por la peculiar cultura política del carlismo: Martin Blinkhorn, Stanley G. Payne, Jeremy MacClancy, Colin M. Winston, Alexandra Wilhelmsen, Vicent Garmendia, Solange Hibbs-Lissorgues o Carlo Verri, entre otros. Por su enfoque metodológico múltiple y el prolífico y variopinto apoyo documental en que se sustenta, se trata de un análisis modélico pero que ayuda a consolidar el conocimiento a través de las solidaridades contrarrevolucionarias del carlismo y su capacidad de adaptación. Del mismo ayuda a conocer mejor a los actores secundarios y sus motivaciones colocándolos en el centro. Nos parece que responde en condiciones a las necesidades que Jordi Canal expresó en 2007 en cuanto al estudio de la contrarrevolución en el siglo XIX.

“La historia de los movimientos contrarrevolucionarios [...] ha sido abordada, en primer lugar, en posición subordinada; en segundo, desde la historia socioeconómica o desde la historia política más clásica; en un espacio cronológico limitado, en tercer lugar; y, finalmente, casi exclusivamente a escala regional o nacional”³⁷.

Es todo un acierto por parte de Prensas Universitarias de Zaragoza la edición de este libro fundamental y cabría indicar como reproche que los mapas añadidos como anexo al final de la monografía se hubieran incluido en el cuerpo de texto.

Enviado el (Submission Date): 19/01/2022

Aceptado el (Acceptance Date): 23/02/2022

³⁷ Jordi Canal, “*Repensar la historia*”, *op. cit.*, p. 19.